



EL GATO CON BOTAS

Charles Perrault

[Traducción de Iván Hernández]

14

Un Molinero, al morir, no dejó más herencia a sus tres hijos que un molino, un burro y un gato. Muy pronto la repartición se llevó a cabo, sin tener que llamar al abogado ni al notario, quienes habrían dado buena cuenta de la herencia.

Al mayor le correspondió el molino, al segundo el burro, y al pequeño únicamente el gato, de modo que este último no quedó para nada satisfecho con tal dote.

—Mis hermanos —se quejaba en voz alta— podrán ganarse la vida juntando sus herencias; yo en cambio, no bien me haya comido el gato y haya hecho un saquito con su pellejo, moriré de hambre.

El gato, que lo oía aunque fingía estar distraído, le dijo con aire serio y reflexivo:

—No sufráis, amo mío; lo único que tenéis que hacer es regalarme un saco y un par de botas, de modo que pueda recorrer los montes; pronto os daréis cuenta de que lo que os ha tocado en herencia no es tan malo como parece.

A pesar de que el amo no creyó en sus palabras, le había visto tal ingenio al cazar ratones y ratas (cuando se escondía entre la harina y se hacía el muerto, o cuando se colgaba patas arriba), que no desesperó, pensando que tal vez podía ayudarle en su miseria.

Una vez el gato tuvo lo solicitado, se calzó bien sus botas, y echándose el saco al cuello, cogió los cordones del saco con sus patas delanteras y se dirigió a un campo de caza donde

había una inmensa variedad de conejos. Metió entre el saco un poco de salvado y algunas hierbas, y tirándose en el suelo como si estuviera muerto, esperó a que algún conejito, poco conocedor de las maldades de este mundo, viniera y se metiese dentro del saco para comerse lo que había en él. Poco después de acostarse, un conejito atolondrado e imprudente satisfizo sus deseos: entró en el saco, y el señor gato, halando rápidamente de los cordones, lo cazó y lo estranguló sin piedad.

Orgulloso de su hazaña, fue en busca del Rey y le pidió una audiencia. Llevado al recinto de su majestad, hizo una gran venia al soberano y le dijo:

—Aquí os traigo, Majestad, un conejo de monte que mi amo, el señor Marqués de Carabás (el nombre se le ocurrió en ese momento), me ha pedido que os traiga.

—Di a tu amo que se lo agradezco y que me gusta mucho.

Otro día, el gato fue a esconderse en un campo de trigo, también esta vez con el saco abierto; y no bien se metieron en él dos perdices, tiró de los cordones y las atrapó. De inmediato fue a ver al Rey y se las ofreció del mismo modo que lo había hecho con el conejo de monte. El Rey recibió de buena gana las perdices y ordenó que le dieran una propina para beber.



Y así, por dos o tres meses, el gato siguió llevándole al Rey diferentes animales que según él habían sido cazados por su amo. Un día se enteró de que el Rey saldría de paseo por la orilla del río con su hija, la princesa más bonita del mundo; así que dijo a su amo:

— Si seguís mi consejo, tu porvenir está resuelto; únicamente debéis bañaros en el río, en el lugar que yo os señale; lo demás dejadlo de mi cuenta.

El Marqués de Carabás siguió al pie de la letra las indicaciones que su gato le daba, sin entender muy bien qué ganancia iba a sacar de todo aquello. Cuando estaba nadando en el río, el Rey pasó por allí, y en ese momento el gato se puso a gritar:

— ¡Socorro, socorro! ¡Mi amo, el Marqués de Carabás, se ahoga!

Cuando el Rey oyó los gritos, sacó la cabeza por la ventana de su carroza, y al reconocer al gato que le había traído regalos tantas veces, ordenó a su séquito que corrieran en auxilio del Marqués de Carabás. Mientras el pobre Marqués era sacado de las aguas, el gato se acercó a la carroza del Rey y le contó cómo, aprovechando el baño de su amo, unos ladrones le habían hurtado la ropa, a pesar de que él había gritado “¡Ladrones, Ladrones!”, tan fuerte como pudo. El muy pícaro la había escondido detrás de una piedra enorme.

El Rey dio orden a los subalternos encargados de su guardarropa de buscar de inmediato uno de sus trajes más hermosos y entregárselo al Marqués de Carabás. Cuando éste se vistió, el Rey le dio muestras de su gratitud; y como las elegantes ropas hacían más notorio su buen aspecto, pues era gentil y buen mozo, la princesa sintió una secreta inclinación por él, de modo que el Marqués de Carabás no tuvo sino que darle algunas tiernas miradas para dejarla locamente enamorada.

El Rey le pidió que se subiera con ellos a la carroza y los acompañara en su paseo.

Mientras tanto el gato, satisfecho al ver que sus planes iban por tan buen camino, se adelantó, y al encontrar a unos campesinos que cortaban el prado, les dijo:

— Oídmeme, buenos segadores, si no decís que el prado que segáis es de mi amo el Marqués de Carabás, os haré picadillo.

Al pasar, el rey preguntó a los segadores de quién era el prado que estaban segando.

— Es del señor Marqués de Carabás –contestaron en coro, pues la amenaza del gato los había asustado terriblemente.

— Pues sí, Majestad, es verdad; y cada año me da una buena cosecha.

El señor gato, que iba adelante, al encontrarse con unos cosecheros, les dijo:

— Oídmeme, buenos cosecheros, si no decís que estos campos son de mi amo, el señor Marqués de Carabás, os haré picadillo.

Un poco después, al pasar por allí, el Rey quiso saber de quién eran todas aquellas cosechas que veía.

— Son del señor Marqués de Carabás –respondieron los cosecheros, y el Rey se sintió aún más interesado en el Marqués.

El gato, que continuaba adelante de la carroza, dijo lo mismo a todos cuantos se encontró; y el Rey estaba asombrado de las grandes riquezas que poseía el señor Marqués.



Finalmente el señor gato llegó a un castillo hermoso, propiedad de un ogro, el más rico de aquellos contornos, quien además era el dueño de todas las tierras por las que el Rey acababa de cruzar.

El gato, que se había informado muy bien acerca del ogro y de lo que era capaz, le pidió audiencia, diciéndole que no había querido pasar por su castillo sin ofrecerle sus respetos. El ogro lo recibió con la cortesía que cabe esperar en un ogro y le pidió que se sentara.

—Me han dicho —comentó el gato— que tenéis el don de convertirlos en cualquier clase de animal; que si queréis, por ejemplo, podéis transformarlos en león o en elefante.

—Es verdad —respondió el ogro en forma brusca—, y para que no lo dudéis, veréis cómo me convierto en león.

Se asustó tanto el gato al verse frente a un león, que trepó al tejado con mucho esfuerzo y mucho pánico, pues nunca unas botas fueron apropiadas para caminar sobre las tejas.

Luego, al ver que el ogro había recuperado su aspecto de ogro, bajó y le confesó que se había asustado mucho.

—Me han dicho además, pero eso sí me resulta muy difícil de creer, que sois capaz de transformarlos en un animal muy pequeño, por ejemplo en una rata o un ratón, lo cual me parece completamente imposible.

—¿Imposible? —comentó el ogro—, pues ya lo veréis.

E inmediatamente se convirtió en un ratón y se puso a correr por el suelo.

El gato entonces se arrojó sobre él y se lo tragó de un bocado.

A todas éstas, el Rey, al divisar el hermoso castillo del ogro, quiso entrar; y el gato, cuando oyó el ruido de la carroza que atravesaba el puente levadizo, salió a su encuentro y dijo al Rey:

—Bienvenido Su Majestad al castillo de Su Excelencia, el Señor Marqués de Carabás.

—¿Cómo, es también vuestro este castillo? No es fácil ver algo más hermoso que este patio y los edificios que lo rodean. Si me permitís, me gustaría visitarlo.

El Marqués, llevando de la mano a la princesita, y siguiendo al Rey que iba adelante, entró a un gran salón en el que se encontraba preparada una espléndida cena que el ogro ofrecería ese día a unos amigos, quienes al enterarse de que la comitiva del Rey estaba allí, no se atrevieron a entrar.

El Rey estaba encantado con las riquezas del Marqués de Carabás, al igual que su hija, quien se hallaba locamente enamorada. Después de beber cinco o seis copas, Su Majestad le dijo:

—Sólo de vuestra voluntad depende, señor Marqués, que os convirtáis o no en el esposo de mi hija.

Entre grandes reverencias el Marqués aceptó el honor que el Rey le hacía. Y ese mismo día se casaron el Marqués y la princesa.

El gato se convirtió en un gran señor, que sólo cazaba ratones por diversión.

